

TRES NOTAS SOCIOLOGICAS SOBRE EL DEPORTE

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

(Universidad de Sevilla)

El deporte es hoy uno de los temas sociológicos más apasionantes, porque en él es donde se manifiesta de una manera más palpable la invasión de las masas en el concierto de la vida colectiva. Algunos de los mejores páginas de José Ortega y Gasset iban enderezadas a señalar este carácter brutal de la imposición de los criterios de las masas, del conjunto de los individuos calibrados como masa, en la vida colectiva a través de las reglas de opinión dominantes en este rito de la nueva paganía moderna que es la religión apasionada del deporte.

Ortega y Gasset vió así a los deportes con ojos temerosos en los que ardía el orgullo de su conciencia de superioridad intelectual. Para él, pensador minoritario conciente de la supremacía de su condición de pensador minoritario, el deporte era a la larga un mal, porque implicaba la imposición de los criterios de las masas. La irrupción de las masas a través del deporte en la forja de la tabla de los valores imperantes en una colectividad constituía un mal para la percepción del orgulloso pensador aislado. “El público que va ahora al estadio, —escribió en *El espectador* en 1934— tomado en su conjunto, no era antes público de nada. Era “pueblo”, y no se permitía asistir a espectáculos urbanos que no entendía. Ese “pueblo” se había complacido siempre en presenciar juegos corporales allá en su aldea o su barrio: el juego de pelota, los bolos, tiro de barra, apuestas de cortar troncos o segar prados. No es, pues, nuevo que ese público se interese en los juegos físicos: nunca gustó de otros. Lo nuevo es que ahora tiene dinero e invade la urbe e impone sus gustos *hiperarcaicos*. Es el “pueblo” eterno, es —¿quién lo diría?— el público más arcaico, el primigenio, el que encuentra el explorador en las razas más primitivas. Su predominio actual, el hecho de que tiña del color de sus gustos la vida pública, significa simplemente que hoy predomina en Europa un tipo de hombre arcaico y primitivo. Y automáticamente reaparecen los sencillos espectáculos aurales de la humanidad: los juegos del cuerpo (véase lo que pasa en política: resurgen las actitudes políticas de la protohistoria). (1)

Este planteamiento de Ortega y Gasset va tarado de su animosidad de hombre que se autojuzga egregiamente selecto, contra las manifestaciones multitudinarias de un deporte donde a su entender priman los criterios de la mayoría, de esa “masa” popular por él despreciada desde su filosófica

torre de marfil personal. Es un desprecio acre, negativo, hostil; es el testimonio, otro más, de su inadaptabilidad al mundo moderno, de su desazón aristocrática ante el horizonte del siglo XX.

A mi ver peca de incompleta y de apasionada. Ortega y Gasset solamente ha visto la faz negra del deporte moderno, sin iluminarla con la claridad de las sugerencias que el deporte trajo a la sociología presente. Con olímpico desprecio negador, desprecio del Olimpo y no de Olimpia, es un dios voluntariamente asentado sobre las nubes de las cimas del Olimpo que jamás quiso descender a las llanuras del Peloponeso que se reflejan en las aguas del Alfeo donde se alzó el estadio de los juegos magnos a la sombra protectora del Héraion.

Siendo así que el sociólogo ha de recorrer caminos de todas andaduras y sentarse en las gradas de los anfiteatros para otear con ojo avizor al contorno que le rodea. En esta función más llana y limitada, observando sin alteza de desprecios la realidad ineludible que el deporte es en el contorno humano de mi siglo XX, he bosquejado las siguientes notas sin prejuicio de axiología olímpica de dios suprahumano, antes en la humilde sencillez de quien se hace hijo de su tiempo y procura captar las facetas varias que su tiempo le regala.

Así procuro trazar estas notas sobre tres efectos del deporte. La primera en la incitación con que el deporte ha alterado el concepto del patriotismo, retornando al de los días del renacimiento y superando cada vez más el propio del siglo XIX, bien que en una versión secularizada y cargada de electricidad pasional colectiva, de lo que en los siglos XVI y XVII venía entendiéndose por patria. La segunda en la manera con la cual el deporte ha creado un nuevo tipo de héroe, un héroe no ciertamente digno de plácemes ni de aplausos, un héroe rechazable desde las ventanas de la objetividad axiológica; pero sin duda alguna un héroe clavado en el ánimo de la multitud, por la mayoría cálidamente alzado sobre pedestales de máxima estima admirativa, un héroe de nuestro tiempo. Y la tercera la función política del deporte como peligro de aniquilamiento del espíritu popular, como opio diestramente manejable por diestros políticos interesados en rebajar al pueblo con voluntad hasta transformarlo en masa irracionalmente movida por afectos sujetos a manipulaciones hábiles y sobre los cuales no sería difícil edificar plataformas de mando que nada tienen que ver con el deporte propiamente dicho, pero que lo truecan en utilísimo instrumento de poder.

No es que yo crea que estos tres aspectos, analizados brevemente en las notas que siguen, agotan en su menuda trama la materia inmensa que nos brinda el deporte para su adecuado análisis sociológico. Pero si me parecen bastantes para servir de incitación a quienes con tesoros de tiempo en menor premura, se decidan a construir una sociología del deporte como uno de los asuntos dignos de indagación al correr del siglo en que vivimos.

En esta menuda condición de incitaciones van las tres notas que hoy refiero.

Para el hombre del renacimiento o del barroco fué la patria el lugar del nacimiento. Atados etimológicamente a la terminología era patria derivación de padres, la proyección geográfica del lazo sanguíneo de la paternidad. No existía esta dimensión más ancha del patriotismo referido a una nación, porque tampoco la nación existía. El engarce del hombre tenía lugar merced a dos ataduras diferentes: de un lado la adscripción a la tierra, que en sociedades orientales alrededor de un núcleo urbano era la ciudad a la cual estaba incorporado el individuo; de otro la devoción de lealtades a una persona, o mejor a la institución encarnada por una persona, que normalmente era el rey o el señor supremo que regía y encarnaba la entera colectividad.

A lo primero fué la ciudad núcleo urbano compenetrado con el territorio que le rodeaba, al extremo de que los habitantes no acertaban a discernir con claridad la membratura sociológica de la ordenación política. La ciudad de Mallorca, por ejemplo representaba a la isla entera de Mallorca en las cortes catalanas, su voto valía por el de la isla a secas, aunque luego aquel "hinterland" que era el agro mallorquín manifestase su particular peso político sea en la contextura del "consell general" interior, sea en la violencia armada que en la primera mitad del siglo XV contrapuso a los forenses o campesinos frente a los ciudadanos que habitaban en la ciudad por excelencia. Es un sistema social y político que respondía a una estructura lógica bien entendida por los hombres de la época y que encontramos difundida por todo el Occidente, sea en las comarcas italianas, sea en las tierras germánicas. Florencia, Pisa, las ciudades de la Hansa o Brujas reiteran salvas las respectivas modalidades peculiares esta estructura sociológica con sus consiguientes secuelas políticas.

La ciudad era la patria y el rey era el punto de referencia que entramaba las patrias en la unidad superior del reino. Podían luchar las patrias entre sí, sin mengua del universal afecto de lealtades al monarca. Y, en efecto, el barroco está repleto de polémicas encendidas, generalmente tendientes a ensalzar a la ciudad propia por su riqueza, por su nobleza o por otros méritos: entre ellos los dos cardinales de la antigüedad o de la santidad de sus patronos.

Inútil sería referir comprobaciones porque la íntegra historiografía barroca es prueba constante de este concepto de patria. Baste citar por ahorrar otras muchas, la donosa polémica surgida en la segunda mitad del siglo XVII entre dos ciudades navarras, Tafalla contra Tudela, sobre si habían sido o no fundada por Tubal, hijo de Noé y legendario primer poblador de la península ibérica. Cuando un tal don Francisco de Erasso escribió sus *Discursos históricos por la población de España, en que se prueba por la parte, que Túbal dió principio a la población, y que la ciudad de Tafalla es de las primeras que fundó* (2), para contrariar otro

libro del canónigo tudelano don José Conchillos que reclamó ese privilegio para su Tudela en el *Propugnáculo histórico y jurídico. Muro literario y tutelar, Tudela ilustrada y defendida* (3); al que replicó el jesuita José de Moret, bajo el seudónimo de Fabio-Sylvio-Marcelo en *El bodoque* contra el Propugnáculo histórico y jurídico del licenciado Conchillos (4), siendo a su vez contrabatido por éste, bajo el nuevo seudónimo de Jorge Alceo de Torres, en los *Desagravios del Propugnáculo de Tudela, contra el Trifante Cerbero*, autor del Bodoque (5).

La idea de patria cobra carácter supraurbano y viene referida a territorios más amplios cuando la revolución francesa instala al pueblo concebido por colectividad nacional en el pueblo aglutinador que antes desempeñaba el rey. O sea cuando el sentimiento de nacionalidad sustituye al de lealtad en el servicio real como eje de la existencia colectiva. Heinz O. Ziegler demostró que la noción de lo nacional está unida al obrar de la revolución francesa, en un libro devenido clásico: *Die moderne Nation* (6); siendo entonces también cuando empieza a darse al patriotismo la calidad de adhesión a las colectividades nacionales y cuando nación pasa a término equivalente con patria.

La pasión localista ha hecho renacer la idea de la patria como centro urbano de adhesiones. Es un proceso lento, más que no escapa a las miradas del sociólogo. El equipo de "foot-ball" en carna ahora los valores de la ciudad-patria, tal como en el siglo XVII lo encarnaban los santos patronos o el recuerdo legendario. El hombre del siglo XX vibra en los hechos deportivos de sus representantes en un equipo, con idénticas entrañabilidad a como hace tres siglos vibraría por las glorias religiosas o históricas del terruño ciudadano.

Ortega y Gasset apuntaría aquí, si hubiese calado este fenómeno, la manera en que descende el valor de patria cuando salta desde las polémicas letradas que cantan gestas insignes y las páginas del periódico ensalzadoras de las proezas logradas con una esfera de cuero. Más el hecho es indudable, aparte las valoraciones que de él se formulen. Hoy la patria, merced al "foot-ball" o a otros deportes, va tornando a teñirse del color localista, regional o de barrio que poseía en los años de comienzos de la edad moderna.

II

El deporte es padre de un nuevo concepto de héroe, el torero o el futbolista son desde cerca de doscientos años a esta parte el espejo donde se reflejan los sueños de los jóvenes. Cada época histórica ha producido un tipo humano, punto de referencia para las ambiciones de los que van abriéndose camino por las rutas de la existencia. La ilusión suprema del japonés clásico fué el guerrero feudal, espejo de lealtades; la del hindú, ascender por la escala oscura de las reencarnaciones en existencias separadas a la calidad superior de la casta privilegiada del brahmán; la del hijo del

medieval ser armado caballero, para sentarse en los puestos escogidos de la sociedad, arma al brazo en la pugna de los torneos o suspirante por la dama lejana en las cortes provenzales del amor y de la cortesía; la del cristianismo a secas aquella excelsitud que proporciona la aureola de la santidad; la de las sociedades salidas de la revolución de 1789 el burgués adinerado, accionista en sociedades anónimas, que fuma gruesos puros de marca habanera y va sentado en automóviles del último modelo; la del burócrata de los regímenes totalitarios ser secretarios del tinglado político del partido.

La juventud de ahora, en los años verdes de la inquietud temprana, contempla en el deporte su ideal y canoniza a los héroes deportivos, porque son capaces de escalar con menor esfuerzo los peldaños de la vida colectiva. Es una realidad evidente que en la sociedad actual hay sólo tres maneras de subida social rápida desde las capas inferiores hasta codearse con los grupos más excelsos: ser sacerdote, unirse de artista cinematográfico o consagrarse deportista, sea en actuación de torero, sea en la de jugador de "foot-ball" o campeón de boxeo.

Campesinos humildes esposaron marquesas al vuelo de la gracia de su capa colorada; tal Domingo Ortega. Jugadores de "foot-ball" ganaron con la lustrosa punta de su bota perforadora de metas enemigas altísimas condecoraciones, ni más ni menos que otrora se ganaban clavando lanzadas en los cuerpos de los enemigos de la fe; así Alfredo Di Stéfano, Caballero de la Orden de Isabel la Católica.

Para los ojos abiertos del joven ambicioso, que pretende dar un salto social con el menor esfuerzo posible, el deporte, toros, boxeo, ciclismo, "foot-ball", es la escala más hacedera. Un buen torero o un buen futbolista tienen asegurados los honores y las riquezas, ganando en las arenas del ruedo o sobre el verde césped del estadio lo que nunca conseguirían tras el trabajo reposado en la biblioteca o en el laboratorio; y ello en plena juventud, cuando la fama más ilusiona y el dinero proporciona más placeres.

Cierto que desde una estima sosegada semejante axiología parecerá a no pocos soberbio disparate; pero se trata de una realidad por el sociólogo apuntada sin detenerse en mayores comentarios. La verdad es que el héroe fácil ensoñado por la juventud de hoy es el futbolista egregio. Lo mismo que las muchachitas sueñan con el estrellato cinematográfico. La irrupción de las masas en la historia, imponiendo sus criterios estimativos, secuela de la democratización total de nuestras sociedades occidentales creó una perspectiva nueva de las estructuras sociales. Antes era insigne quién moría valientemente con las armas en la mano, o quién componía libros de enjuiciamiento, o quién trasladaba al lienzo bellezas indecibles; hoy el fotógrafo es artista bastante para suplantar al pintor, el torero superó en las cotizaciones de valentía al soldado que muere en la batalla y el futbolista se cotiza más que el inventor o que el erudito. El deporte ha instalado en el alma de las gentes su nuevo tipo de héroe: el del siglo XX en que vivimos.

III

Mucho más espacio que el de este artículo requeriría el sazonado razonar de los motivos que atan al deporte con la política. Entre los numerosos aspectos señalaré dos: el deporte como instrumento electoral en las democracias y el deporte como opio adormecedor de muchedumbres en las dictaduras. Los dos reducidos a uno solo: el señuelo del deporte como factor capaz de arrastrar a multitudes.

La cuantía de los afiliados a una sociedad deportiva las puso por objetivo para los políticos, deseosos de asegurarse el apoyo para sus banderas de las simpatías suscitadas por el equipo en las competiciones o de los entusiasmos de las victorias de deporte que el político puede capitalizar para su partido si intervino en el logro de ellas. Un ejemplo típico entre otros muchos lo da el de las conexiones del armador y alcalde que fué de Nápoles Achille Lauro con el club de "foot-ball" de la metrópoli partenopea. Lauro derrocha millones en adquirir jugadores para el equipo de su ciudad, asiste a todos los partidos en el estadio de Vómero y dedica a las glorias futbolísticas de Nápoles un tiempo que tal vez regatea a las reuniones de su partido político o a la gestión de los negocios de su gran empresa naviera. Es que sabe que su interés por las grandezas deportivas napolitanas constituye la mejor sementera a la hora de las urnas; los "tifosi" o hinchas del Nápoles votarán siempre por el magnífico generoso que gasta sin tasa para que Nápoles brille en los estadios verdes. La gloria del "foot-ball" napolitano es la gloria de Lauro y el apasionado por el deporte del balón concluirá apasionado por quién tanto lucha al servicio de aquella gloria. Gastar dinero en comprar jugadores es hoy excelente inversión política.

Y no digamos si el deportista es el mismo actor político. Cuando tanto consiguen los mecenas, mucho más conseguirán los héroes en persona. Rafiu King, estudiante nigeriano en París, venció al campeón de boxeo francés, al marsellés Lamperti, y aspira a enfrentarse con Davey Moore, campeón mundial de su categoría, para ganar este título supremo y en posesión de él presentarse a elecciones e intervenir en las lides políticas de su Nigeria natal. Rafiu King no es, por lo demás, un tipo cualquiera. Hermano del ministro de Educación del gobierno de Lagos, estudia en la Sorbona, y dicen que con aprovechamiento. Pero a tono con el nivel del siglo, juzga que el mejor camino para encender las almas paisanas no es estudiar mucho, sino pegar fuerte. El héroe de saberes y de libros no interesa en Nigeria, ni me parece que en ninguna otra parte del universo; el campeón posible de boxeo si electrizaría a las multitudes y su entrada en la escena pública será, se lo auguramos, espléndidamente arrolladora.

En los regímenes llamados fuertes el deporte es medio para encandilar los espíritus, arebatándolos a los temas vedados de la política de gobierno. Proyectado, seducido, el interés público hacia las competiciones deportivas, olvida el cuidado de los negocios públicos, dejándolos en las ya manos libres

del gobernante. Harto conocieron esta fórmula los romanos, cuyos emperadores absolutos contentaban al populacho de la ciudad eterna repartiendo regalos de trigo y prodigando espectáculos en el circo. El cuidado económico y el cuidado deportivo satisfechos, la plebe olvidaba la cura de la cosa pública, así llevada sin trabas por un emperador que regalaba trigo y gladiadores.

No de otra guisa los regímenes totalitarios de hoy fomentan el deporte, al par que lo intervienen y lo regulan, a fuer de poderoso medio de dominio del espíritu del pueblo. El deporte es el gran opio con que adormecer las gentes, óptimo instrumento para que la masa deje en paz al dictador en sus actuaciones de gobierno. El viejo lema de pan y espectáculos profesado por los latinos emperadores, ha sido sustituido por subsidios familiares y por delegaciones nacionales de deporte; pero la intención y el resultado son los mismos: mientras se entusiasma con las pugnas de la Liga o del campeonato de Copa, el hombre medio no se acuerda de cómo va la administración del ayuntamiento o los gastos de la hacienda nacional.

Para liberales como para totalitarios el deporte es magno instrumento político. Enardecidas por sus pasiones, las masas siguen a quien beneficia sus deseos. El "foot-ball" ha llegado a ser almáciga de votos o lecho donde olvidar las cuestiones de la república; en todo caso formidable factor para mover opiniones de este pueblo, siempre pisoteado y siempre manejado, que sin embargo se cree, entre estúpido e infantil, señor de sus destinos en esta segunda mitad del siglo XX.

(1) José Ortega y Gasset: *Revés de almanaque*. En *Obras completas*. Madrid, Revista de Occidente. II (1950), 733-734.

(2) Sevilla, Tomás López de Haro, 1682.

(3) Zaragoza, Juan de Ybar, 1666.

(4) Colonia Agripina, Severino Clarieg, 1667.

(5) Amberes, Sebastián Sterling, 1667.

(6) Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1931. Especialmente en el capítulo III, páginas 70-138.